La fragancia eterna
19 de octubre 2020 -221
EL BALCÓN Y LA SENDA
Antes de que la senda llegue al valle por donde corre el río, pasa por una llanura. Es tan bonita la tierra de esa llanura que ahí crece verde la hierba durante todo el año. El bosque es espeso como una sementera y la senda se mete por ahí como si trazara un juego. Por algunas partes, lo árboles arropan tanto que ni el cielo se ve. Pero lo verdaderamente bonito es cuando la senda llega al final del puntal. Un filo rocoso donde hay un espacio llano que casi cuelga en el vacío. Es como un balcón sostenido en el aire y detenido justo frente a lo más bonito del paisaje.

Porque desde ese balcón, lo que más y mejor se ve es precisamente la loma de las viejas encinas. Una loma no muy grande que sube desde el collado y por la cara que da al sol de la tarde va la senda. Desde el balcón, se le ve saltando de un arroyuelo a otro y cada vez que llega a un puntalete, descansa. Como si ahí mismo ya fuera a terminar su recorrido y por eso casi se difumina por la tierra del pequeño poyo. Pero la senda sigue y mientras remonta al collado del centro, se pega a la huerta de los pastores y a los álamos del arroyo. Una preciosidad de paisaje el que desde el balcón se ve y una emoción sin igual la que se siente al contemplarlo.